

diferentes puntos el interes privado y la conveniencia social, si circulan no solamente entre el pueblo infimo, sino entre las clases elevadas, si el que los narra se halla por lo comun entre sabios eruditos y criticos severos, y casi nunca deja de hacer despertar el orgullo del talento; ¿cómo explicar este silencio universal con que hayan llegado hasta nosotros las noticias que comunica á la posteridad en la historia que hubiese escrito? ¿Cómo explicarlo, digo, cuando los mismos que han tomado la pluma, á tiempo que ciñen la espada, ni con la gloria de sus conquistas, ni con el poder y la fuerza de que han dispuesto como árbitros, ni con el prestigio de sus raros talentos, han podido usurpar á su siglo y á los futuros el derecho de calificar la justicia de su conducta y la veracidad de sus noticias? Quien haya leído los *Comentarios de César*, los libros de Jenofonte y los escritos de Napoleon, fácilmente se convencerá de que no hai recurso contra el poder de la crítica. De todo lo expuesto resulta, que abundan los medios para saber si el autor de que se trate ha puesto en egercicio la prudente severidad de un estrecho raciocinio al escoger sus noticias; si ha sido zeloso de la verdad, y si la ha dicho en efecto.

337. Lo que acabamos de exponer acerca de la veracidad del autor, es aplicable á la debida calificación de su imparcialidad, y por tanto es excusado hacer una demostracion aparte sobre este punto. Digamos pues, para concluir, una palabra sobre los medios que tenemos para asegurarnos de que una historia cuenta igualmente con lo que se llama integridad.

338. Algunos filósofos han creído tan difícil esta investigacion, que no dudan afirmar que debe rehusarse el total asenso á una historia cualquiera, por las alteraciones notables que ha debido sufrir en el dilatado curso de los siglos. Mas hai una regla para cerciorarse sobre este punto, y es el hacer un exacto y prolijo cotejo de los manuscritos diferentes en que se hallan contenidas las historias ó sus copias: por que, si á pesar de algunos levísimos puntos de discrepancia, se advierte una conformidad absoluta en lo que puede llamarse sustancial, puede convenirse desde luego, en que los libros históricos han llegado hasta nosotros sin ninguna adulteracion considerable. Sin embargo, el scepticismo filosófico, tan deferente á sus paralogismos y errores, como rebelde contra el poder de los hechos, que son el fundamento de la religion y la sociedad, nunca deja de clamar que las variantes de los manuscritos son una prueba de que los antiguos autores han sido alterados, y por lo mismo, concluye que su narracion no puede fijar nuestra certidumbre. ¿Qué responder á esto? Oigamos á Bergier.

339. „Los que hacen esta objecion convendrán sin duda, en que la multitud de variantes del texto de un autor vienen de su antigüedad y de la multitud de copias que de él se han hecho. La fuente del mal suministra su remedio, pues comparando los manuscritos, es claro que en todo lo que siempre convienen, se tiene seguridad de poseer el texto mismo del autor. Se debe raciocinar sobre este punto como sobre un hecho referido por un gran número de testigos que varían en algunas circunstancias: estas son dudosas desde luego, pero el hecho en que convienen

permanece incontestable. El gran número de variantes en los *Comentarios de César* no puede autorizar á ningún crítico, para dudar del fondo mismo de la historia: estas alteraciones ligeras jauras atacan la sustancia de los hechos principales. No se puede citar ejemplo de un libro histórico que copiado mil veces en diferentes tiempos y en diferentes lugares, haya sido alterado hasta el punto de no poder reconocerse los principales acontecimientos que constituyen su objeto."

340. „Se ha dirigido hasta el escrúpulo la atención al examinar á los antiguos autores; la crítica se ha agotado en notas, en la comparación de textos, y frecuentemente en conjeturas. Si este trabajo útil ha servido para descubrir alteraciones, si ha quitado á algunos impostores la máscara con que estaban cubiertos; no ha contribuido ménos á restablecer el verdadero sentido de los autores desfigurados, y á confirmar el crédito de que gozan alcabo de tantos siglos. Y así como es imposible suponer impunemente una historia ó un libro que interese á naciones enteras, que ha debido pasar por las manos de todo el mundo, y del cual han copiado una infinidad de pasajes los escritores de todos los tiempos; no lo es ménos alterarlo en las cosas importantes, engañar la sagacidad de todos los críticos, atentos á revelar hasta los menores deslices de los escritores y de los copistas." (1)

(1) *Traité de la vraie religion. Dissert. sur la certitude. Art. III, § VIII.*

## PARRAFO TERCERO.

*De los monumentos.*

341. Entre todos los acontecimientos que lleva de siglo en siglo la tradición oral y constituyen el objeto de la historia, hai unos de tal magnitud, que despiertan fuertemente, en el ánimo de los pueblos, un sentimiento comun, activo y poderoso, que los determina á perpetuarlos, no solamente por las palabras y los escritos, sino por otra clase de recuerdos. Volviendo nuestra vista desde la época presente hasta los primitivos tiempos de la sociedad humana, encontramos en todos los pueblos, á mas de sus tradiciones y de sus fastos, algunas cosas que se conservan como símbolos de la admiración ó de la gratitud, que han sabido grangearse algunos hombres con los heroicos hechos de su vida. Estas memorias llevan el nombre de *monumentos*; y estos monumentos son de diversas clases: pues ó bien consisten en algunos objetos materiales proporcionados al recuerdo de tales ó cuales hechos, ó en algunos renombres singulares con que se designan algunos lugares ó algunas familias, ó en esas grandes mutaciones que ciertos acontecimientos producen en el espíritu de los pueblos.

342. En las épocas primitivas, en que la materia no habia recibido aun esas modificaciones bellas que despues empezó á comunicarle la imaginación y el discurso, los monumentos presentaban el aspecto deformé consiguiente á la falta de cultura y civilización: un monton de piedras brutas, un árbol corpulento, alguna

fiesta establecida, una cancion popular, un apellido nuevo, y otras cosas semejantes; he aquí los primeros recursos de que se sirvió probablemente la sociedad, para explicar su entusiasmo, mostrar su admiracion y desahogar su reconocimiento. Mas al paso que la razon adelantaba en cultura, y las necesidades progresivas fecundaban la imaginacion y el discurso, los monumentos, estos testigos mudos pero elocuentes, que habian de hacer visibles á la posteridad ó los revezes ilustres, ó los acontecimientos grandes de otras épocas, dejaron ya su tosquedad antigua, y empezaron á ostentar, en la hermosura y elegancia de las formas, los progresos graduales de la civilizacion, el pulimento del discurso, y las invenciones del genio. El mármol, el pórfido, el granito &.<sup>3</sup> empezaron á salir de las entrañas de la tierra para embellecer las ciudades, sirviendo á los templos de los Dioses y á los palacios de los grandes. Ya desde entónces los acontecimientos nacionales fueron recordados á la vista con otra clase de monumentos, si no mas sinceros, inconcusamente mas dignos. Las artes, no contentas, al parecer, con disputar á la naturaleza los tributos que se ofrecen á la hermosura y á la sublimidad de sus cuadros, quisieron tambien ser émulas de la historia, haciendo admirar en sus obras, á un tiempo mismo, la importancia del acontecimiento que recuerdan y el genio del artista: quisieron instruir al mismo tiempo que recrear á la posteridad; y las inscripciones, columnas, estatuas, edificios, cuadros, medallas, sepulcros, obeliscos, pirámides, arcos triunfales, &.<sup>3</sup>&.<sup>3</sup> todo fué puesto en uso contra el poder asolador de los tiempos, con el fin de mantener siempre viva so-

bre los acontecimientos pasados la atencion de las generaciones futuras.

343. ¿Quién podria rehusar el asenso á la voz continua de estas magnificas producciones de las artes, que no habrian logrado con todo su poder, levantarse y mantenerse, si la realidad de los hechos no hubiese de antemano prevenido en favor suyo la voluntad y la razon de tantos hombres, testigos y jueces de todos los sucesos que estas obras perpetúan? „Pero ademas de esos monumentos voluntarios, hai otros tanto ménos accesibles á la sospecha, cuanto que son la obra de la necesidad, y no de la industria. Un célebre acontecimiento ha cambiado no pocas veces las costumbres, las leyes, el gobierno y hasta el idioma de las naciones; y estos efectos, dice el autor citado, que la casualidad no ha podido producir, son otros tantos grados por donde podemos remontarnos hasta su causa; otros tantos testigos mudos que nos instruyen, marchando juntos con la tradicion y la historia para servirles de apoyo. Cuando las victorias de César no se hubieran consignado por escrito, ¿dejarian por esto de estar suficientemente atestigüadas por la revolucion que produjeron? Las costumbres, las artes, las leyes, el gobierno, la religion de los Romanos, introducidas en el pueblo vencido, la lengua latina establecida sobre las ruinas de la lengua gaula, el cambiamiento acaecido en los antiguos nombres de las ciudades y los pueblos; los caminos, los acueductos, los templos, los anfiteatros, cuyos restos subsisten todavia, son otros tantos monumentos incontestables de la conquista que les precedió; puesto que jamas estas cosas hubieran existido, si los gau-

las no hubiesen quedado exclusivamente sujetos á la dominacion romana." (1)

344. Parece increíble que estos imponentes recuerdos de las turbulencias antiguas hayan sufrido fuertes combates; que se hayan avanzado á tal punto con su temeridad los sofistas, que pretendan algunos confundir en una misma línea los monumentos históricos con los caprichos de fábula. Sin embargo, nunca deja de objetarse que todos estos signos son insuficientes para producir la certidumbre, puesto que tambien la impostura se ha servido de ellos en otros siglos, para fijar la creencia popular sobre sus tradiciones fabulosas. ¿Qué responderemos á esto? Los monumentos, lo mismo que la tradicion y la historia, no son unos objetos aislados que las generaciones han dejado tirados aquí y allá, sin relacion y sin apoyo, en el campo de los siglos. Ellos no pueden ser extraños á las ideas, á los usos y costumbres de su tiempo, ni á los antecedentes indispensables de las épocas que les hayan precedido, ni á las revoluciones diversas que sobrevengan en las épocas posteriores. Los monumentos, la tradicion y la historia producen tal enlace en la cronología de los tiempos, que no les es posible abstraerse á la inspeccion y juicio de la crítica. Si los monumentos se remontan pues hasta la fecha de los sucesos que representan, esta época en que habia opiniones diferentes, testigos de todos géneros á millares, en que se hallaban presentes todos los rangos de la sociedad; es necesario convenir en la existencia de los hechos: y si por otra parte se hallan confor-

(1) *Ibid.* § IX.

mes en todo con la tradicion y la historia, nadie podria sin duda desmentirlos sin revelarse contra la evidencia misma y traspasar, si así podemos decir, los límites de la temeridad. „El mas antiguo monumento histórico de la Grecia, los mármoles de Arundel, son mil docientos años posteriores á las épocas que se ha pretendido fijar en ellos: el siglo de los artistas célebres se halla todavía mas distante de la fecha de las fábulas cuya imágen han presentado; el de los dioses y de los heroes precedió largo tiempo al establecimiento de las fiestas y ceremonias de la religion griega; y esto mismo sucedió entre los Romanos. *Hai mas:* la mayor parte de estos monumentos se contradecian: colocaban la escena de un suceso fabuloso en cinco ó seis lugares diferentes; cosas que no habrian sucedido ciertamente, si ellos hubieran sido levantados en consecuencia de un acontecimiento real.”

345. „Si los monumentos, dice un filósofo, no han sido, erigidos por los contemporáneos, si celebran algunos hechos poco verosímiles, no prueban otra cosa, sino que ha querido consagrarse una opinion popular, y lo demuestra con el ejemplo de las estatuas, de los templos y de las festividades entre los griegos y romanos.”

346. „Si pues los monumentos han sido erigidos por los contemporáneos ó por testigos oculares, si celebran hechos que no son imposibles, si no son contradichos por otros monumentos tan auténticos como ellos, prueban invenciblemente la realidad de los hechos que atestiguan.”

347. ¿Cuál es el efecto de un monumento cual-

quiera? El mismo que el de la tradicion oral y el del testimonio de la historia: es decir, probar que en el tiempo en que fué erigido era universalmente reputado como cierto y pasaba por constante el hecho que atestigua. Si pues como ya hemos hecho ver, es imposible que la creencia de un acontecimiento público y notable, pero falso é imaginario, se establezca entre los contemporáneos; lo es por consiguiente que los contemporáneos erijan un monumento con el fin de perpetuar la memoria de un suceso caprichosamente fingido. ¿No sería exponerse á la irrision pública el construir un monumento para patentizar un hecho que nadie cree y del que jamas se ha oido hablar? ¿Dónde se ha visto un ejemplo de semejante locura?"

318. „Seria todavía mas absurdo suponer que un pueblo ha cambiado repentinamente sus leyes, sus costumbres, su creencia y su lenguaje sin ninguna razon, y solo á consecuencia de un súbito delirio. Se sabe mui bien cuan grande es la fuerza que adquieren en todas las naciones los hábitos contraidos desde la infancia, la resistencia que han experimentado los legisladores y conquistadores cuando han querido tocar á los antiguos usos de un pueblo cualquiera. Se necesita una causa poderosa para obrar una revolucion semejante: si es debida pues á un hecho célebre, ella le servirá de testimonio y probará su existencia hasta el fin de los siglos."

349. Resumiré en dos palabras todas estas reflexiones. Es tan imposible dudar de un hecho que consta por la tradicion oral, por el testimonio de muchos historiadores, por los monumentos, por los efec-

tos que ha producido, y llevado al mas alto punto de certidumbre moral, como de una demostracion geométrica. Se ha reputado como pasatiempo el proyecto de un crítico que pretendió probar con razonamientos que la conquista de las Galias por César, era una fábula, pues que nunca este romano habia pasado los Alpes." (1)

## CAPITULO SEGUNDO.

*De la exacta deduccion.*

350. Todos los hechos que pasan así dentro como fuera de nosotros mismos y á cuyo conocimiento llegamos por el sentido íntimo, la relacion de los sentidos y el testimonio de los hombres, son sin duda alguna los primitivos é indispensables elementos del saber humano. Sea cual fuere el sistema metafísico que se adopte para explicar los fenómenos de la inteligencia, nos vemos en la precisa indispensable alternativa de admitir los hechos como el principio fundamental del saber, ó de ignorar profundamente el verdadero origen y el carácter esencial de las ciencias. Las que llevan el nombre de naturales se apoyan en el testimonio de los sentidos; las metafísicas morales y políticas no existieran sin el sentido intimo y el testimonio de los hombres; la religion misma que ha bajado del cielo, que encierra misterios incomprensibles á la razon y hace girar nuestro espíritu por una esfera infinita, la religion

(1) Bergier. *Ibid.*